

A mis amigas, mujeres hermosas, fuertes y aguerridas quienes pese a las contrariedades continúan firmes. Ellas me inspiraron a realizar ésta recopilación y me enseñaron a no dejarme caer y a defender mis ideales al precio que sea necesario.

Las celebro, las adoro y de todo corazón deseo que encuentren la felicidad que yo alcancé aunque sea de forma diferente.

*Soy soltera, no tengo hijos...y
a mucha honra.*

REFLEXIONES DE UNA CÍNICA INCORREGIBLE.

LUSOCA

Estos son los apartes de una reflexión a nivel muy personal y que muchos de los que me tratan y conocen me han escuchado expresar en voz alta. Se refiere a las circunstancias que me llevaron a elegir este estilo de vida. No soy psicóloga. No pretendo dar cátedras sobre lo que está bien o está mal en las relaciones de pareja. Ni obligar a las demás mujeres a pensar como yo, ni demeritar a las que optaron por seguir el camino establecido por la sociedad. Me interesa resaltar que es algo que me hace inmensamente feliz y que no hay por qué preocuparse, yo no me preocupo. No doy explicaciones, ni me atormenta justificarme...la opinión de los demás nunca ha marcado mi rumbo. Disfruto cada día como viene y no voy a permitir que nada lo arruine. Como por desgracia les sucede a algunas de mis amigas. Entre sus experiencias y las mías sé que no pude encontrar para mí una opción más satisfactoria.

La mayoría asume que todos necesitamos tener alguien al lado para poder ser felices. Bien por ellos. Mis vivencias me han demostrado que eso no es del todo cierto. La felicidad completa no es una utopía. Es lo que vivo a diario estando sola. Hay personas que llegan a ella cediendo para evitar conflictos, sacrificando sueños e ilusiones y otras como yo que preferimos no privarnos de nada considerando que dichos sacrificios nos pasarán factura más adelante. Considero que todos deberíamos ser felices la mayor parte del tiempo. Esa debería ser nuestra misión principal en la vida; algo así como un noventa por ciento y el diez por ciento restantes debería delegarse a las penurias y el estrés. Por supuesto hay circunstancias externas que influyen en que el porcentaje varíe. Siempre habrá algo fuera de nuestro control. Aun así yo apuesto por el noventa por ciento y lo persigo hasta conseguirlo. Nunca me pregunté hasta hace poco que comencé a analizar los interrogantes que provenían de mis amigos y conocidos en algunos encuentros cotidianos y otros mucho más esporádicos después del saludo de rigor ¿Hay algo malo conmigo? En perspectiva no fueron cuestionamientos que se suscitaban a raíz de mi cumpleaños número cuarenta. Me han seguido años atrás y nunca les preste la mayor importancia.

Son preguntas que de seguro a la mayoría de las mujeres sus conocidos les hacen en algún momento de su vida; dirán que por un interés genuino, sin embargo para mí es a modo de presión para que sientan que el tiempo está corriendo y se están quedando sin opciones. Algo así como que nos está dejando el tren. Hablando por mí tampoco es que hubiera estado desesperada por subirme y vaya que ha parado varias veces y hasta ofreciendo promociones. Las preguntas van desde ¿Cuándo vas a casarte? ¿No piensas tener hijos? ¿Por qué no tienes novio?, hasta la más indiscreta que ninguno dice pero muchos piensan ¿Eres lesbiana? Porque ahora resulta que si una mujer no está organizada y con familia propia a cierta edad; es porque debe tener intereses en su mismo sexo.

Ese no es mi caso. Pese a lo que considero diferencias irreconciliables; los hombres me gustan y mucho. Es cierto que afirmo con vehemencia que solo sirven para una cosa y que la mayoría de las

veces ni siquiera esa la hacen bien; pero también que siempre les he dicho a mis amigos que no me gustan las mujeres. Nunca he comprendido que es lo que los hombres les ven. Aunque todos sabemos bien lo que es. Si es que me llegaran a gustar solo me fijaría en mí. Creo firmemente que sufro del Complejo de Narciso. Estoy perdidamente enamorada de mi misma y ante mis ojos de enamorada estoy buenísima. Está bien aquí entre nosotros soy un algo atractiva y quizás les he de parecer a algunos hombres bastante interesante, más si preguntan dije buenísima.

Por supuesto en medio de todo yo también me cuestioné, ¿Por qué a mis amigos les importa tanto que no quiera tener hijos y mi soltería? ¿Creen que se trata de vanidad y solo cuido mi esbelta figura? ¿Qué nadie me mira? ¿Qué he tenido mala suerte? ¿Qué soy infeliz porque estoy sola? ¿Qué mi vida es vacía y requiero de una familia propia para llenarla? ¿Qué necesito a un hombre y un par retoños para realizarme? O es más bien un poco de envidia por el hecho de que haya tenido el valor de defender mi creencias y no unirme como borrego a las pautas que dicta la sociedad; buscando ser feliz de forma individual y rehusarme a compartir su infortunio colectivo.

¿Por qué infortunio se preguntarán? Hay muchos matrimonios felices. Padres que aman a sus hijos y familias que disfrutan estando juntas y son un aliciente para otras y la sociedad. De seguro las hay más infortunadamente no conozco ninguna. Mi vida y la de mis conocidos y amigos cercanos ha resultado una larga lista de desencantos. Este es el mundo real y la vida no es un cuento de hadas. No existen los finales felices. Para que una relación funcione hay que abrazar la idea de la conciliación y renunciar a muchas cosas en aras de lograrlo. Han de creer que mi cinismo tiene nombre y apellido. Que reniego del matrimonio y de los hijos porque alguien me rompió el corazón y en parte es así no obstante hay algo más de fondo. Como todas las mujeres desde niña planee mi boda perfecta. Mi vestido sería color azul aguamarina en forma de sirena con bordados alusivos a criaturas del mar. Mi velo tan largo como el que usara la princesa de gales en su boda real. Me casaría con un miembro de la marina en la catedral. Sus compañeros nos harían un camino de honor cruzando sus flamantes espadas.

La recepción sería en el buque Gloria anclado en la bahía para poder contemplar las hermosas luces de la ciudad. No sonaba nada mal. De hecho conocí al marino. Teniente Comandante de Fragata, con todo y el uniforme blanco y hasta me propuso matrimonio ¿Entonces qué sucedió? Se los diré más adelante.

Gracias a mi madre fui condicionada para ser sumisa. En mi infancia tenía una muñeca que era madre y en su regazo traía un muñeco bebé. Adicional a esto mi mamá me compró kits de cocina,

juegos de té y todo lo necesario para ser la perfecta ama de casa. Mis amigos hombres en cambio, jugaban con carros, motos, muñecos de acción y herramientas para realizar el trabajo pesado.

Desde que tenía cuatro o cinco años mi mamá me hacía correr cada vez que llegaba mi papá para quitarle los zapatos, las medias y calzarle las pantuflas. Nunca entendí porque este simple hecho me daba una sensación de inferioridad. Él tenía dos manos y estoy casi segura de que nunca supo que era quitarse sus propios zapatos. Lo trataba como si fuera el tope de la cadena y todos nosotros casi tuviéramos que besarle los pies. Ese fue mi primer aviso. Como toda niña buena ayudaba en la casa con los quehaceres. Barría, lavaba y aprendí a cocinar; al mismo tiempo que mis amigos hombres jugaban futbol, iban de paseo, bebían cerveza y comenzaban enamorar muchachitas; más lo aceptaba. Eso era lo normal. Yo como mujer confinada a la cocina y ellos como hombres divirtiéndose en el mundo exterior.

Mi padre como macho alfa era proveedor. Mi mamá realizaba las labores de ama de casa. Debía calcular su tiempo fuera de ella para llegar antes que él y así poder calentarle la comida, servirle y atenderlo como a cualquier huésped de hotel. Jamás lo vi ayudarlo en nada. No era capaz ni de levantar el plato en el que comía de la mesa y ponerlo en el lavaplatos. Su actitud me exasperaba. Comencé a comprender que el asunto era de educación. Él fue criado en otra época como se supone debe ser un hombre. Fuerte, imponente, seguro, machista, la voz principal.

Su mujer y sus hijos son sus súbditos y él es el amo y señor del hogar aunque no tuviera la razón. Las muestras de afecto estaban mandadas a recoger y su única acotación en nuestra educación era para imponer castigos y reprimendas ya que como según se dice, las mamás son muy débiles para eso... no conocía muy bien a la mía. Papá era un celoso recalcitrante. Sospechaba de todo lo que perteneciera al sexo masculino. Mi mamá no podía hablar con ningún hombre salvo que fuera de la familia y si sospechaba algo fuera de lugar la emprendía con violencia en su contra. Mi madre no es que fuera modosa. Siempre que peleaban se defendía con lo que tuviera a mano. Recuerdo un pleito muy feo cuando era pequeña que involucró un hospital y a la policía y en el que los dos resultaron heridos. Él le corto la mano izquierda con un machete lastimándole los tendones de tres dedos y ella le abrió la cabeza con una plancha. No entendía por qué alguien que dice amarte te trata con tanta sevicia y menos aún por qué ella no presentó cargos en su contra y se quedó con él hasta que cumplí los catorce.

Cuando crecí lo entendí. Ella lo quería pero no fue solo eso. Él nos mantenía. Vivíamos en una casa rentada. Nunca le compró una propia pudiendo hacerlo, ya que decía que no estaba dispuesto a cederle una vivienda para que montara a otro hombre. Olvidando que ese sería un patrimonio para los hijos que gesto con ella y con las otras...como dije era un macho alfa y se ocupó de dejarlo

en claro regando una amplia prole de descendientes por todos lados. Es de aclarar que en su época no había televisión y el condón no se había inventado. Aun así dudo que esos hechos hubieran significado alguna diferencia. Al menos tuvo la decencia de registrarnos con su apellido y con todo y eso casi me pasa como en la canción La Hija De Nadie.

Está bien exageré un poco, la cosa no llegó a esos extremos; pero uno de mis medio hermanos me conoció en una fiesta y me estaba cortejando fuertemente. Me lanzaba miradas interesadas desde el otro lado de la pista y no me consta si hasta habrá alcanzado a echarse una que otra fantaseada a costa mía. A mí no me interesó para nada, no era mi tipo...más ¿Si lo hubiera sido, habría terminado en tragedia? Para nada, afortunadamente para mí, la fiesta era por la celebración del cumpleaños de una sobrina, hija de otro de mis medio hermanos y se dio en la casa de su madre. Había muchos miembros de ese lado de mi numerosa familia reunidos en el agasajo y cuando el susodicho se acercó a nuestro hermano para pedir referencias mías, ya saben el típico... ¿Quién es esa niña tan linda? ¿Cómo se llama? ¿Tiene novio? ¿Preséntamela? A mi hermano que es mayor que los dos, casi le da un infarto. De inmediato le puso fin al entusiasmo de nuestro impetuoso pariente aclarándole que si bien no tenía novio, nada era posible entre los dos ya que compartíamos el ADN paterno.

A pesar de ello mi hermanito todavía me manda unas miradas muy extrañas cuando me lo encuentro....supongo que será melancolía por lo que pudo ser y no fue o tal vez solo es impresión mía. Confieso que a veces me invento mis propias películas. Como sea, si mi hermano no hubiese intervenido tampoco habría sucedido nada. Como dije antes él no me interesó para nada y además al presentarnos habríamos descubierto que compartíamos el mismo apellido y yo siempre pregunto ¿Cómo se llama tu padre? por si las dudas. Hay todavía algunos hermanos que no conozco y quien quita no vaya a resultar que me los encuentre en circunstancias similares.

En fin volviendo a mi madre, ella no estudio más allá de la secundaria. Considero que no lo dejaba por miedo de quedarse sola. Prefería tener un mal marido a enfrentar esa posibilidad. Afortunadamente yo no pienso igual. Jamás he estado dispuesta conformarme con menos de lo que creo merecer y lo llevaré hasta las últimas consecuencias. Mi felicidad bien lo vale. Después de años de maltratos, pleitos y sin sabores, mi mamá entendió que para cerrar ese círculo debía retomar las riendas de su vida. Sus hijas no se traumatizarían porque no compartieran el techo con su padre y debía trabajar para mantenerse y sacarlas adelante y así lo hizo. Poco a poco fue aprendiendo y posicionándose en su trabajo.

Con su propio esfuerzo compró un terreno y comenzó a construir su casa. Por años estuvo sola hasta que un buen día consiguió un nuevo marido que afortunadamente en muchos aspectos era

muy diferente a mi padre. Una tranquilidad que habría conseguido mucho antes si no hubiera cedido al pánico y hubiera antepuesto su bienestar a sus sentimientos; que infortunadamente no siempre están ligados.

En ese momento no creí que su historia me condicionara; asumí que me sirvió para comprender que era mejor que estudiara, consiguiera un empleo y no me dejara embarazar de algún imbécil que en últimas me arruinaría la vida. Si poseía mis propios recursos le resultaría más difícil a cualquier hombre chantajearme con el dinero para someterme. La idea de la boda de ensueño ya no me resultaba tan atractiva. Tampoco ayudaba el que mis amigas cercanas; me convirtieran en su paño de lágrimas cada que se sus parejas les salieran con uno que otro numerito. Pero sinceramente no buscaba llegar a este extremo.

No creo mucho en la astrología. Sin embargo indagando un poco descubrí que muchas de mis decisiones estuvieron marcadas por la definición que ésta realizó de la personalidad de mi signo zodiacal. Tauro con ascendente Aries; me confieso como una incorregible romántica, cariñosa y también algo egocéntrica, egoísta y terca. Con un temperamento imponente, dominante y controladora. Esa soy yo con todas sus letras. De ahí que mis inicios en el maravilloso mundo del amor resultaran tan particulares.